

El Nuncio Apostólico de Polonia escribía el 28 de abril de 1646, cuando fué conocida tan sensible noticia, y dirigiéndose al Secretario de Estado, le decía: «En mi última audiencia me ha hablado con mucha emoción Su Majestad. Desea que el Papa ordene á estos Religiosos que continúen su misión en este Reino. Hay grandísima necesidad de obreros evangélicos, y estos Padres producen entre los herejes frutos admirables. ¡Qué escándalo para los católicos y para los enemigos de la Iglesia, si ven que por la intriga de algunos envidiosos se suprime un Instituto tan útil á la República cristiana! Viven aquí estos Padres en grandísima observancia, edifican á los pueblos de una manera increíble, y se les tiene un amor que no alcanzo á expresar».

El mismo Rey escribía el 16 de junio de 1646 á Mgr. Orsi, su ministro en Nápoles, esta carta tan concluyente. «Estábamos resueltos á sostener esta Religión en nuestros Estados, y á impedir el efecto del último Breve, que los suprime: lo habíamos declarado ya al Nuncio, y habíamos dado á conocer nuestra voluntad á los Obispos de nuestro Reino. Ahora que vemos á los Príncipes de Italia que siguen nuestro ejemplo, nos afirmamos más en nuestra resolución, y haremos cuanto esté de nuestra parte para la conservación de una Orden que juzgamos tan útil por sus buenas obras é inmejorables ejemplos». Como se ve, había hablado con exactitud el Cardenal Paolucci, cuando, al dar su voto, dijo estas palabras que hemos citado ya: «Está establecida la Orden en Alemania y en Polonia; los Príncipes no permitirán tan fácilmente su extinción; hay que prever las dificultades que traerá la retirada de estos Padres». Inocencio X no era de carácter que cediera fácilmente á aquellas oposiciones: pero su sucesor había de examinarlas algunos años después y servirían poderosamente para la resurrección del Instituto.

Con una dificultad que no habían imaginado se encontraron los Príncipes que querían oponerse á la ejecución del Breve; eran los mismos Padres de las Escuelas Pías, movidos por los ejemplos y por los consejos de su Santo Fundador que profesaba la obediencia más ciega á las órdenes del Papa, como á las del mismo Dios, exigiéndolo así también absolutamente á todos sus hijos. Aquella sumisión era tanto más meritoria, cuanto aquel famoso Breve había sido declarado nulo y subrepticio por los Prelados más instruidos y por los teólogos más eminentes, que se apoyaban en estas palabras del Decreto. «Ha habido en esta Orden grandes disensiones que aumentan todos los días.» Aquellas disensiones no eran tan graves; eran lo que son en todas las comunidades. Habíalas promovido el Visitador Apostólico, el mismo que las pintaba gravísimas é irremediabiles. Para sosegarlas, continuaba el Breve, y para atender al mayor bien de dicha Religión, es necesario reducirla al grado de simple Congregación sin votos. ¡Singular medio de sosegar las turbulencias, suprimiendo el Instituto! ¿no hubiera sido más sencillo suprimir

á aquel indigno Visitador? Y aquellos Teólogos traían en favor de su tesis gran copia de argumentos canónicos. Más lejos aún iba el P. Valeriano de Magni, célebre Capuchino, hermano del Conde Francisco de Magni, Señor de Strasnitz. Escribió un prudente memorial, muy vivo y muy elocuente, demostrando la nulidad del Breve. En aquellos tiempos había aún caracteres enérgicos que no creían faltar al respeto á la autoridad, mostrándole sus errores. Repartió su memorial por Polonia, Alemania, Italia y aun por la misma Roma. Escribían de Cesena al General el 22 de noviembre de 1646. «Saluda á V. P. el Cardenal Fachinetti: le ha disgustado mucho la solución dada al negocio de nuestra Religión; lo deplora con gran extrañeza. Ha pedido un ejemplar del memorial del P. Magni, de que ha oído hablar en Polonia».

José esperaba siempre la reintegración de su Orden, pero de sola la justicia del Soberano Pontífice. No cesaba de pedir á Dios que iluminase su inteligencia, y tocase su corazón, sirviéndose al mismo tiempo de los medios humanos. A principios de 1647, llegó á Roma el Conde de Magni, Embajador del Rey de Polonia. Conocía el Santo el aprecio en que aquel Príncipe tenía á las Escuelas Pías por el bien que hacían con su doctrina, con su celo y con sus buenos ejemplos, no sólo en Strasnitz, sino también en toda la Alemania, Bohemia y Polonia. Habíale encargado especialmente el Rey que procurase su reintegración. Arrodillóse el Conde delante de José cuya santidad le era bien conocida, y á su vez el General dióle señales públicas de su gratitud por la protección que había dispensado siempre á las Escuelas Pías, haciendo componer, é imprimir una corta oración en latín que hizo rezasen por él todos los estudiantes. Redactó una súplica dirigida al Papa que hizo presentar por el Embajador. Como se ve, á los 91 años no abandonaba José su causa, conservando siempre invencible esperanza. La súplica comenzaba así. «José de la Madre de Dios, Fundador y Ministro General de los Clérigos Regulares de las Escuelas Pías, con sus primeros compañeros y demás dignatarios de la Orden, postrados humildemente á los pies de Vuestra Santidad, por intermedio del Embajador del Rey de Polonia y de Suecia, suplican á Vuestra Santidad quiera atender á quinientos cincuenta Religiosos que han quedado de este Instituto por amor á Dios, ligados con Votos solemnes». Estaba demasiado prevenido el Papa por sus enemigos, para dar un rescripto favorable, y demasiado pegado á sus ideas, para destruir sus actos precedentes. El embajador, que no tenía la representación de los demás países, empleó todo su crédito para que fuera revocado siquiera para el Reino de Polonia; pero no pudo conseguir más que lo que dice San José á los Padres de Palermo en carta del 2 de febrero: «El Embajador nuestro amigo no ha podido obtener de Su Santidad la revocación del Breve, ni aun para el Reino de Polonia, sin embargo, parece que cede en lo de las nuevas Cons-

»tituciones, y podemos creer que no se publicarán, ó que no se »rán tan radicalmente contrarias á nuestro Instituto».

Entre tanto, la Orden que tanto había contribuido á la destrucción de las Escuelas Pías, quería aprovechar la ocasión para apoderarse de las casas de Génova, así como de Savona y hasta de Cárcare. José escribió inmediatamente el 3 de marzo: «Advierta V. R. á los Padres que están equivocados; que no piensan poner el pie en nuestras casas, mientras quiera vivir en ellas uno de los nuestros».

Y al mismo tiempo que preservaba y conservaba para lo porvenir aquellos edificios, á pesar de sus 91 años, se apuraba por mantener á sus hijos en la exacta observancia de la Regla y en la firmeza y constancia en su vocación: era el único medio de reducir á la nada los esfuerzos de sus adversarios que propalaban por todas partes que ya no existía la Orden, que poco á poco iba desapareciendo; lo que llevaba la desolación á los corazones de todos. A los más fervorosos escribía cartas como ésta del 5 de abril: «Me regocija verlos á todos con buena salud, resueltos á permanecer en el Instituto, observando las reglas. Es tanto más meritorio, cuanto lo hacen en el momento en que pasan por las más grandes contradicciones». Pudiéramos citar otras muchas cartas parecidas en que domina la misma idea: salvar los restos de la sociedad para reconstruirla más tarde: y aquellos restos eran numerosos todavía, pues quedaban quinientos cincuenta fieles. Servíase también de toda clase de esperanzas: «Aún no han visto la luz las nuevas Constituciones, ni se sabe cuándo la verán: dicen que son bastante perjudiciales: espero que antes de su promulgación hallará Dios medio de oponerse á ellas». Y el 20 de abril: «Me ha consolado la carta de V. R., porque veo en V. R. espíritu verdaderamente religioso, conforme su voluntad con la de Dios que para el buen Religioso está manifestamente representada por la del Superior. Estoy seguro de que tendrá V. R. mucho más mérito ante Dios: esos buenos sentimientos harán mucho bien en los demás Religiosos, y especialmente en las Novicios. Esté V. R. cierto de que ruego con gran fervor por V. R.»

Ciertamente que se hubieran publicado aquellas Constituciones tan temidas, si Dios no hubiera puesto su mano. Al acabar su obra de destrucción, las había propuesto el P. Pietrasanta escritas en parte, y había hecho que las aprobasen, insistiendo en conseguir la sanción pontificia, pero después de su muerte, no se oyó hablar más de ellas: se había evitado el golpe fatal. Hacía fines del año en que obtuvo aquel Breve tanto tiempo deseado, y que había destruido el Instituto casi completamente, comenzó á sufrir mucho del mal de piedra. Haciéndose más insoportables los dolores cada día, sin interrumpir por eso la marcha de su obra de destrucción, se decidió á sufrir la cruel operación de la talla. La tarde del 2 de mayo de 1647, suplicó al P. Gavotti que había ido á visitarle que lo encomendase á las

oraciones del venerable Superior y de los otros Padres de San Pantaleón, para que la operación se hiciera sin peligro. Tuvo felicísimo éxito, y el 3 de mayo le sacaron tres piedras, una de ellas enorme y horrible á la vista; pero siguieron los dolores, y no pudo tener descanso en los días siguientes. La tarde del 5, después de la comida, quiso tomar opio para dar alguna tregua á sus padecimientos, prohibiendo al enfermero que turbase su reposo hasta la mañana siguiente, á no ser que lo llamase con la campanilla. El desgraciado no despertó, y cuando el enfermero, fiel á lo mandado, se acercó á la cama el 6 por la mañana, estaba muerto. Hacía cuatro años que el mismo día 6 de mayo se había terminado y aprobado el Breve de suspensión en 1643, para ser publicado el 9 de mayo.

Al conocer José aquella noticia, hizo reunir al punto á todos los Padres en el Oratorio, y les hizo uno de los más fervorosos discursos de su vida, hablándoles de la fidelidad que se debe á los Superiores que ocupan el lugar de Dios, y que son los ministros de su voluntad, y de la gratitud á que son acreedores sobre todo en el momento de su muerte. Después de aquella declaración, les anunció la muerte del P. Pietrasanta, su antiguo Visitador Apostólico. Lo elogió mucho, y concluyó ordenando que se hicieran los sufragios prescriptos por la Regla, no sólo como á simple Religioso, sino como á Superior mayor. Los sacerdotes que no habían celebrado todavía, debían aplicar la misa por la salud de su alma, y los hermanos y clérigos ofrecer por él la próxima comunión. Hicieron objeciones algunos, recordando el inmenso mal que aquel Religioso había hecho á todo la Orden. *Reddite pro malo bonum*, respondió el Padre. El Marqués Esteban Pallavicini, que había ido á confesarse con el Padre Casani, quedóse detrás de la puerta entreabierta para tener el gusto de oír hablar al siervo de Dios. «Ya veo, dijo, que es un Santo el General, puesto que hace bien al que tanto mal ha hecho á él y á la Orden. Es digno de todo aprecio». Cumplíase así la profecía del Santo hecha el año anterior: «Antes de dos años, los autores de esas mentiras y yo mismo seremos llamados al Tribunal de Dios». Mario había muerto como réprobo antes de aquella profecía; al año se cumplía en el P. Pietrasanta: no quedaba más que Esteban Cherubini desterrado á Frascati por sus últimas fechorías: pronto le llegará el turno.

El P. Berro había pasado á Roma desde Nápoles, para aliviar la vejez de su querido Padre, ayudándole á rezar el Oficio y escribiendo la correspondencia. Era uno de sus hijos más queridos. Le habló confidencialmente de la dificultad que habían encontrado algunos para los sufragios que el General había prescripto á causa del mal que les había hecho el P. Visitador. «No comprenden, respondió San José, el placer del Señor, cuando ve que se vuelve bien por mal. Ciertamente es que nos ha hecho mucho mal el P. Visitador, pero debemos dejar á Dios la venganza, y rogar por él es un acto de perfección. He dicho la misa por el

»descanso de su alma, y en estos últimos tiempos he rogado por él con el afecto más grande que he podido, porque en las grandes desgracias que nos han venido, sería gran locura detenernos en las causas segundas que son los hombres, no viendo á Dios que las envía para nuestro mayor bien». Palabras admirables que nos revelan toda el alma de nuestro Santo mejor que cuanto pudiéramos decir nosotros. Más aún: los Padres Catalucci, su último Asistente, y Caputi fueron á la Iglesia en que estaba expuesto el P. Pietrasanta para ver su cadáver. José los reprendió severamente, porque había sido una curiosidad poco conveniente. Excusóse el primero diciendo que, no habiendo querido reconocerle jamás como Visitador, había ido á orar junto á su ataúd: el segundo, que como nunca lo había visto, cuando vivía, había querido ver muerto á aquel Padre de cual se conservará tan largo recuerdo en las Escuelas Pías.

Las cartas llegadas de Roma, y sobre todo la vuelta del Conde de Magni, hicieron saber que el Papa se había negado á anular su Breve ni aun para el reino de Polonia. Cien años más tarde, en caso parecido, habían de ser más afortunados que el católico Rey de Polonia, Federico de Prusia y la cismática Catalina de Rusia. Entonces, viendo los Padres italianos que no quedaba ninguna esperanza, pidieron licencia al Rey y á sus Protectores, y se volvieron á su patria. A la noticia de su marcha fué inmensa la emoción. Resolvieron reunir la Dieta en la primavera siguiente, y se declaró por unanimidad que se escribiera al Papa para obtener la revocación del Breve. El Rey, el Clero y la Nobleza escribieron tres cartas distintas.

La del Clero, del 25 de mayo de 1647, comienza así: «Creemos que defendemos la causa de Dios, cuando sostenemos ante Vuestra Santidad el Instituto Religioso de las Escuelas Pías. Nuestra estimación es debida á su constante piedad, admirada de todos los polacos, y tanto más sentimos en el alma la turbación en que se encuentra una Orden tan santa, y el cambio de vida que se les obliga á aceptar, cuanto más estimamos su virtud sin tacha, y la extremada habilidad que tienen para descubrir á los herejes que se esconden como las serpientes entre las espinas. Hemos reconocido la verdadera virtud y la religión sincera que hay en esta familia religiosa. Deseamos que se afirme más y más bajo la protección de la Santísima Virgen, porque nos son muy conocidos sus méritos en la Iglesia de Dios, y lo célebre que en tan pocos años se ha hecho esta Orden en Polonia. Por eso, unimos nuestras súplicas y humildes letras, suplicando á Vuestra Santidad que, con su autoridad paternal, se digne conservar esta Religión en Polonia.» Esta carta está firmada por el Primado, Arzobispo de Guesén, por el Arzobispo de Leopold y por todos los Obispos que asistieron á la Dieta. Las cartas de la Nobleza firmadas al día siguiente, y la del Rey escrita el 19 de junio, son todavía más ejecutivas y

más enérgicas que la del Clero, obligado á mayores miramientos con la Santa Sede.

El gran Canciller del Reino envió estas tres misivas al Papa añadiendo la consulta canónica del Padre de Magni y una carta escrita por el mismo. Omitimos esta carta que es muy notable, tan explícita y clara como podía ser, y que pone al Soberano Pontífice en la necesidad de escoger entre los deseos de la Dieta, ó un escándalo inmenso y la pérdida de gran número de almas. Una verdadera fatalidad hizo que fracasasen aquellas instancias tan eficaces por la falta involuntaria del gran Canciller. Estando en Roma, supo lo mismo que todo el mundo el gran crédito que sobre el espíritu del Papa tenía la Princesa Olimpia. Creyó hacerlo mejor, dirigiéndole todas aquellas cartas. Se entregaba al peor enemigo de las Escuelas Pías, y sobre todo, de su General. Adivinase lo que sucedió, y el asunto no tuvo resultado alguno durante aquel Pontificado. Reservaba Dios todos aquellos actos para la rehabilitación del Instituto, bajo el Pontificado de Alejandro VII.

A este respecto escribió José el 27 de julio: «Han dirigido instancias vivas al Papa para manener en pie nuestro Instituto, no sólo el Rey, sino también toda la Dieta del Reino, estos, el Clero y la Nobleza. Tened buen ánimo, comunicad valor á los demás, y rogad por el buen resultado». A su vez muchos Príncipes del Santo Imperio escribieron las cartas más apremiantes á diversos Cardenales, y á las Sagradas Congregaciones, entre ellos el conde de Strasnitz, los Príncipes de Dietrichstain, de Sockovitz, de Liechtinstein, Martinitz y otros. El Duque de Bohemia se expresa de este modo: «Todo lo que puedo decir es que, cuando no estaban las Escuelas Pías en Alemania, en Bohemia y en Polonia, estaba en peligro la fe católica.» En Nápoles, los diputados de la Nobleza y los delegados del pueblo presentaron separadamente al Virrey las más fervientes súplicas, para que por el bien de los dos Reinos suplicase con insistencia al Papa que mantuviese la Religión de las Escuelas Pías. En cuanto al Gran Duque de Toscana, defendió la causa como suya propia. Jamás ha habido Instituto que haya tenido más ardientes defensores, que haya caído con más gloria, y haya excitado más unánimes sentimientos de pesar.

Los hijos eran dignos del Padre: no cesaban de rogar á Dios, continuando sus trabajos apostólicos, á pesar del número tan reducido; y tampoco prescindían de los medios humanos. Continuaban convirtiendo herejes en Padolino y en Litomisle. El 26 de junio escribía uno á José, sabiendo que era el mayor consuelo que podían darle: «Por nuestro ministerio se ha convertido una Matrona á la cabeza de un regimiento de Piccolomini: después de la cuaresma escribiré á V. P. el número de conversiones.»

A su vez no cesaban en sus persecuciones los enemigos de las Escuelas Pías, hallando que duraban mucho contra todas sus

provisiones. Sostenían sus teólogos que el Breve había suprimido enteramente los Votos; que, si no habían recibido las Ordenes Sagradas, podían casarse los Religiosos, lo que hizo uno de ellos apoyado en aquella teoría; pero no hubo más que uno. Pretendían también que con solo el permiso del Ordinario, les daba facultad el Breve para vivir fuera de clausura, donde ellos quisieran, y con el hábito secular, si así les placía; que no estaban obligados á observar sus antiguas Constituciones; en una palabra, hacían cuanto les era dable para llevar la Orden á la mayor desolación. No quedaron sin respuesta aquellas increíbles afirmaciones. El ilustre P. Dn. Zacarías Pasqualigo, de la Orden de los Teatinos redactó un sapientísimo escrito que se conserva autógrafa en San Pantaleón. Con el Breve en la mano demuestra con gran número de cánones y decisiones, que los Profesos quedaban ligados con los votos solemnes, y que por consiguiente no podían casarse; que ni aun con el permiso de los Ordinarios podían salir de sus conventos, ni llevar el hábito seglar; que estaban obligados á observar sus antiguas Constituciones, á las cuales estaban ligados, hasta que les diera otras nuevas el Soberano Pontífice.

No se desalentaron los enemigos. Viendo que perseveraban muchos por las profecías de su Santo General, afirmaban en todas partes que había predicho José que no se levantaría más su Orden. Todas aquellas maniobras llevaban la turbación á las conciencias débiles, que, por desgracia, nunca escasean. Por eso trabajaba el Santo para confortarlos, ya de palabra, ya por escrito, cuando estaban distantes, á pesar de sus 91 años y de la debilidad de su vista de anciano. Escribía corto, pero de su propio puño, sabiendo el valor que tenían para ellos aquellas pocas líneas. Decía á Nápoles el 20 de mayo de 1647: «*Constantes estote, et videbitis auxilium Dei super vos: et omnes sumus orantes pro vobis, ut non contristemini, sed in tribulatione magis elucescat virtus vestra.* No puedo escribir más por la debilidad de la vista. El Señor los bendiga á todos». A Florencia, el 24 de agosto: «He recibido la carta de V. R., y ha sido para mí de gran consuelo saber la concurrencia que ha habido en la iglesia con ocasión de la comunión de los alumnos y de los seglares. Es señal cierta de que quiere ayudarnos el Señor en nuestras cosas: él nos concederá, estoy muy seguro, tanto espíritu y tanta fuerza, como si fuéramos numerosos. En cuanto á mí, mientras pueda, ayudaré; y cuando no pueda, rogaré al Señor que supla por mí, y creo que lo hará». Bien pronto experimentó aquella casa de Florencia el efecto de sus oraciones. El príncipe Leopoldo de Médicis, Cardenal después, protegía de todas las maneras á las Escuelas Pías. Les había declarado que en la carencia de Superiores Mayores, tomaría á su cargo las funciones de General y de Provincial, y su autoridad se revelaría únicamente por los favores que les dispensaría. Una mañana, poco agradecidos á aquellos favores, desalentados los maestros, se pusieron de acuerdo, y se presentaron al Superior en traje

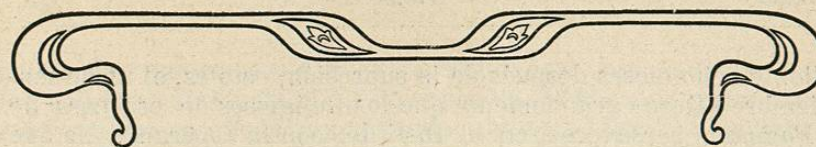
de seglares, declarándole su resolución de machar, lo que hicieron inmediatamente. Era la ruina total del Colegio. Al salir se encontraron con otros compañeros de otros Colegios que tomaban diferentes direcciones. Pero al saber que todo el mundo les daba el calificativo de desertores y apóstatas, avergonzados de sí mismos, y movidos por la gracia de Dios, volvieron á sus clases la misma mañana, continuando con una constancia que jamás fué desmentida. Ya hemos visto antes los milagros que hacía San José para mantener á sus Religiosos en su Instituto.

Bien hubiera querido nuestro Santo llevar auxilio á aquellas casas que no tenían el personal necesario. Suplicaba á los ministros de las casas vecinas, menos escasas, que ayudasen á las otras, pero encontraba en todas partes dificultades invencibles. El 24 de agosto escribía á Cárcare: «Bien veo los inconvenientes que tiene V. R. para ayudar á la casa de Savona: tenga la buena voluntad de hacerlo, apenas pueda». El 28 de septiembre á Fagnano: «Me escribe el Ministro de Pisa que, si no le ayudan en las Escuelas, se verá obligado á abandonar aquella casa, porque la mayor parte de los que allí estaban, han pedido el Breve, y se han ido. Si en esa casa hay alguno que pueda ayudarles, hará V. R. una gran obra de caridad, y yo se lo pido lo más afectuosamente que puedo».

En octubre siguiente experimentó el Santo una gran pérdida, bien cruel para otro cualquiera, mas para él llena de esperanzas y consuelos. Mientras sus perseguidores morían tan terriblemente, murió en Milán en olor de santidad el P. Cassani. Conocedor San José de aquella muerte, la anunció en estos términos: «Ha permitido Dios que haya sido víctima de un catarro el P. Pedro que había pasado una larga enfermedad. Como vivió santamente, quiso Dios llamarlo á sí con una muerte santa, el jueves, 17 del corriente, á la edad de 76 años. Su cuerpo fué expuesto en la Iglesia, y el viernes hubo numerosa concurrencia de pueblo. Nada diré de las gracias que ha conseguido cada uno; mas, para impedir tanta aglomeración, fué necesario retirar el cadáver al interior de la casa. Espero que muerto protegerá la Religión más aún que cuando estaba vivo. Tengo gran pena por la falta de personal en aquella casa, extrañándome mucho de que de tantos que se han ido no haya vuelto ninguno. Ese Breve nos ha hecho mucho mal, y es necesario que nos compadezcamos los unos de las penas de los otros». En efecto, no pudo enterrarse al P. Cassani á causa de la concurrencia, habiendo necesidad de dejarlo expuesto durante tres días, como vemos por otra carta del Santo. «El viernes y el sábado hubo gran concurrencia de gente del pueblo y de la nobleza, y si no se hubiera retirado en la noche, no se hubiera podido contenerla». El pueblo que tenía tantas simpatías por José, sobre todo después de sus desgracias, sabía que el P. Cassani había sido su amigo íntimo, y corriendo por la ciudad la noticia de los milagros obrados junto á su cadáver, acudía

toda la gente de aquella inmensa ciudad. Todos pensaban que, habiendo ayudado tanto al General en la fundación de su Orden, estando en el cielo, tendría poder bastante para resucitarla, haciendo anular el Breve. El 18 de diciembre escribía el P. Berro desde Nicolsbourg: «Está conmovido el Príncipe ante las gracias que se ha dignado conceder el Señor en las exequias del P. Pedro, de santa memoria, y goza tanto más con estos sucesos, cuanto le ha escrito el Cardenal Colonna que esto decidiría al P. Santo á revocar el Breve». ¡Ilusiones! mientras Inocencio X estuviera en el trono, no había que pensar.

Pero no se desalentaba el alma invencible del santo anciano ante tantas decepciones. Escribía el 4 de octubre de 1647. »Guarden todos la observancia más estricta, especialmente en lo que se refiere á las Escuelas; y si no pueden hacerlo como de costumbre, haga cada uno todo lo que pueda, con la esperanza de que volverá á florecer el Instituto. Que no dejen de orar y hacer que oren los niños». Entre tanto, sufría cruelmente, viendo que abandonaban el Instituto tantos Religiosos, ya por las sugerencias del demonio, ya por instigación de sus parientes, ora por los consejos de sus adversarios, ora arrebatados por la muerte. El Colegio de Litomisle sufría á la vez los tres azotes; la peste, el hambre y la guerra. Asolaba también el hambre la Italia, y tan terriblemente que el Santo escribía el 28 de diciembre de 1647. «Hay días en que nos es difícil encontrar un bocado de pan para darlo á los pobres. Tenga misericordia el Señor de esta pobre Provincia de Italia, que la ha escogido para atormentarla de tantas maneras. Que nos conceda la gracia de servirle y de gozar en el Paraíso».



CAPITULO XXVII

EL CREPÚSCULO DE LA VIDA

1648

PARA atraer á los fugitivos y retener á los que estaban tentados de salir, acudía José á la oración y á las profecías. Contaba también con el concurso de los Príncipes que, no recibiendo respuesta favorable á sus reclamaciones, persistían en querer mantener las Escuelas Pías en su grado de Orden Religiosa. El 22 de diciembre escribía al P. Bianchi que estaba en Génova, y era muy instado por sus parientes para que se quedase con ellos: «Tan pronto como haya arreglado los asuntos de familia, véngase á ayudar á sus Hermanos de Religión con mayor fervor. Espero que Dios querrá ponernos en mejor situación para su mayor gloria y para mayor mérito nuestro. A toda costa quierren el Rey de Polonia y todos los grandes de su Reino que quedemos allí en nuestro antiguo estado. El Gran Canciller desea que nos establezcamos en su ciudad, y ya nos ha preparado local». Hacía dos años que los Príncipes resistían aún á la voluntad del Papa, y se esforzaban para hacerle revocar su desgraciado Breve, no disminuyendo las instancias en los años siguientes. Inocencio X resistía como muralla de bronce, pero todo aquello iba preparando el terreno para su Sucesor. No estaba todo perdido: había casas que marchaban perfectamente, manteniéndose con la esperanza de un porvenir feliz. El 31 de diciembre escribía el Superior de Florencia, de aquella casa tan castigada por Mario y su Sucesor. «Aquí, gracias á Dios, las cosas van bien, y sobre todo las Escuelas. Yo tengo una clase de Teología muy floreciente, compuesta de caballeros y de sacerdotes».

También los milagros de nuestro Santo sostenían mucho la constancia de sus Religiosos. Testigos de sus maravillas, escribían á sus Hermanos de los otros Colegios, que se alentaban fuertemente, y se fortalecían para la observancia de su antigua Regla tan rigurosa, y que no había remplazado aún ninguna otra. Podía también José presentar aquel argumento á sus Religiosos,